



## ACTO TERCERO,

Gran salón en White-Hall, donde habita Enrique VIII; grandes muebles, y entre ellos una mesa á la derecha con la corona del monarca, y otra igual á la izquierda con recado de escribir, y un gran sillón.

### ESCENA I

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

(El primero escribiendo, y el segundo á la puerta del salón.)

Crom.—Escribe: acaso se ocupa  
En teológicas cuestiones:  
Es en verdad muy extraño  
El carácter de este hombre:  
Tal vez está refutando  
Aquel inmenso librote  
De los Siete Sacramentos  
Que escribió él mismo; ¡oh pasiones,

Cómo jugáis con los reyes!

De católico, tornose  
En protestante: mañana,  
Si lo exigen sus amores,  
Defenderá el Alcorán.  
Bien, así te quiere Cromwell.

Enr.—(Viéndolo.)  
¡Oh, Cromwell! ¿ya estás aquí?  
¿Están cumplidas mis órdenes?

Crom.—Sí, señor, ya se hallan presos  
Los cuatro gentiles-hombres  
De la reina.

Enr.— Bien; ¿quién falta?

Crom.—Falta solamente el conde  
De Rochford: no está en palacio;  
Pero irá pronto á la Torre,  
Porque los guardias le han an-

Enr.—¿Qué dice el pueblo de Londres,  
De la prisión de la reina?

Crom.—Todos, señor, reconocen  
Vuestra justicia.

Enr.— (Mirándolo fijamente.)  
¿Me adulas?

Crom.— (Bajando los ojos.)  
No, señor.

Enr.— ¡Cuidado, conde!  
¿Y Lady Seymour, qué hace?

Crom.—Lady Seymour es tan joven,  
Tan tímida, que sin duda  
La habrá aterrado este golpe  
De justicia. ¿Lo creerías,  
Señor? Ha llorado.

Enr.— Cromwell,  
Haz que venga á mi presencia;  
Preciso es que sus temores,  
Con la dulzura se calmen.

Crom.—La inocente no conoce  
Su bien: el trono la asusta

Enr.—Pronto probará sus goces.  
Haz que citen á los pares  
Que la cámara componen,  
Para decidir la suerte  
Hallarás en esta lista.

(Le da un papel.)

Crom.—Se hará como lo dispone  
V. M. (Leyendo.) "El duque  
De Norfolk preside." Este hombre,  
Aunque es tío de la reina,  
Está irritado, y supone  
Que el crimen es cierto. ¡Bien!  
"Suffolk, Worcester, el conde  
De Derby, Tomás Andley,"  
Este es mi criatura, "Morley,  
Chinton, Cobhan, Windsor, Sands,  
Mordaut, Dacres el lord Pouiviz."  
¡Bien, muy bien! La mayoría  
Es excelente. ¡Oh! ¿el nombre  
De Northumberland también?  
(Tanto mejor: este conde  
Es amante, despreciado;  
Se vengará de ella.)

Enr.— Cromwell,  
¿Qué te parecen los jueces?

Crom.—Pienso que todos conocen

Su deber: todos son rectos.  
 Enr.—Que se circulen las órdenes  
 En el instante; y no olvides  
 Que vengan aquí Juana, conde. (Váse.)

## ESCENA II

CROMWELL,

Vuela, navecilla mía  
 Con viento en popa. ¡Qué júbilo!  
 Ha llegado en fin el día  
 Que tanto tiempo anhelé.

Mira ya, reina orgullosa,  
 Cómo este plebeyo misero,  
 Que tú hollaste desdeñosa,  
 Hoy derriba tu poder.

Bajo mi triunfante planta  
 Te mirará el mundo atónito:  
 Así el genio se levanta  
 Ayudado del rencor.

Vamos, nueva soberana,  
 Ocupad el trono espléndido;  
 ¡Mas, cuidado, hermosa Juana!  
 ¡Cuidado, que aquí estoy yo!  
 ¡Cuánto he trabajado, cuánto!  
 ¡Lady Seymour es tan tímida!  
 Fué preciso al ver su llanto,  
 Esforzarme á no reir.

¡Es tan niña todavía,  
 Tan inocente, tan cándida!

Mas con la experiencia mía  
 Será una gran reina, sí.

## ESCENA III

CROMWELL, ROCHFORD,

Roch.—A buscaros he venido  
 Hasta palacio, milord.

Crom.—También yo os busco, señor;  
 Encontraros dicha ha sido,  
 Y de no haberos hallado  
 Ciertas gentes que mandé,  
 Me admiro: acaso....

Roch.— No sé:

Ya nos hemos encontrado;  
 Mi nombre y el de mi hermana  
 Habéis manchado, traidor;  
 Yo soy un hombre de honor,  
 Y ella vuestra soberana.

Al rey quejarme no quiero,  
 Porque caballero soy,  
 Y á vengar mi nombre voy  
 Sólo como caballero.

En vuestra casa os busqué,  
 De ella hace poco salí:

Pensé que estabais aquí,  
 Y por fin os encontré;

Y supuesto que infamáis  
 A quien vale más que vos,  
 Pronto veremos por Dios,

Si con valor os mostráis,  
 O si para vuestra mengua,  
 Para vuestra confusión,  
 Tenéis corto el corazón  
 Y larga sólo la lengua.  
 Porque un hombre para hablar  
 Debe primero saber  
 Si puede al fin sostener  
 Lo que quiere aventurar;  
 Ni vuestra clase elevada,  
 Nada os podrá garantir,  
 Porque también sabe herir  
 En los ministros mi espada.  
 Dadme una satisfacción.

Crom.—Hablares más despacio:  
 Ved que ahora estáis en palacio,  
 De aquí vais á la prisión;  
 Pero si acaso, después  
 Que os absuelvan, deseáis....

Roch.—¡A una prisión! ¿os burláis?

Crom.—No, señor, la verdad es;  
 Pero cuando más un día  
 Estaréis con vuestra hermana.

Roch.—¿Está presa también Ana?

Crom.—No hace una hora todavía:  
 Viendo estoy que no sabéis  
 Lo que en palacio ha pasado:  
 Toda la escena ha cambiado,  
 Señor conde, ya lo veis.  
 Privada de libertad,  
 A mi pesar, vuestra hermana,  
 Y una nueva soberana,  
 Según se dice....

Roch.— Callad!

Crom.—Guardias.

Roch.— Sin duda el infierno,  
 Hombre inicuo, te abortó,  
 O á la tierra te mandó  
 En su cólera el Eterno.

(Aparecen en la puerta los guardias.)

Crom.—Os perdono: con razón

Habláis, señor conde, así.

Roch.—¡Huye, apártate de mí,  
 Ministro de maldición!

Crom.—Como ministro, la ley

Debo á mi pesar cumplir;

Yo la quisiera eludir;

Pero así lo manda el rey.

Una ocasión vuestro labio

En público me ultrajó;

Mas no la recuerdo, no,

Yo sé olvidar un agravio.

Y que, en fin, en realidad

¿Qué venía á ser todo ello?

Nada: que yo era plebeyo,

Y bien, esa es la verdad.

Pero ved, señor, la suerte

Qué injusta fué con los dos:

Yo estoy junto al trono, y vos

Tal vez cercano á la muerte.

Pero si mi valimiento

Roch.—¡Y lo puedo tolerar! (Quiere sacar la espada: Cromwell hace una seña á los guardias, que lo sujetan.)

Vamos, llevadme á respirar

En un potro de tormento,  
 ¡ Si, del abismo el horror!  
 Prefiro al verte, malvado!  
 Crom.—Seréis, señor, bien tratado!  
 Porque sois “hombre de honor.”  
 Roch.—Sólo así puedes tener  
 Tanta audacia; si estuviera  
 Libre yo, temblar te viera  
 Como cobarde mujer.  
 Haz que me maten, traidor;  
 Pues si me librara un día,  
 Tu sangre no bastaría  
 Para saciar mi furor.  
 Ni quedar impune creas,  
 Aunque muera yo, malvado,  
 Que el cielo por fin cansado.  
 Crom.—Llevadle.  
 Roch.— ¡ Maldito seas! (Váse.)

## ESCENA IV

CROMWELL

Señor conde, este es mi día;  
 Yo el vuestro sufrí con calma;  
 Fortuna es tener una alma.  
 Una alma... como la mía.  
 Es preciso activo ser;  
 Hay mil cosas que arreglar:  
 Una reina que quitar,  
 Otra reina que poner.

¡ Pueblo, pueblo, qué lecciones!  
 El rey juega con las leyes,  
 Los ministros con los reyes...  
 ¿ Y lo sufren las naciones? (Váse.)

## ESCENA V

ISABEL PRESTON Y UN PAJE

Isab.—Decid á S. M.  
 Que de parte de la reina  
 Vengo á verle.  
 Paje.— ¿ Vuestro nombre?  
 Isab.—Isabel Préston. ¡ Oh! quiera,  
 (Váse el paje.)

Quiera el cielo bondadoso  
 Que la triste Ana Bolena  
 Recobre el favor de Enrique!  
 ¡ Quién de tan duro se precia,  
 Que al ver á esta hermosa joven,  
 Tan inocente y tan bella  
 En aquella obscura torre,  
 Llanto de piedad no vierta?  
 Tal vez esta triste carta,  
 Esta carta cuyas letras  
 Están regadas con llanto,  
 La gracia del rey le vuelva.  
 Gran Dios, extiende tu mano;  
 Dale á mis palabras fuerza.

## ESCENA VI

EN RIQUE VIII, ISABEL PRESTON.

Enr.—Lady Préstón, bien venida.

Isab.—Ojalá que en hora buena  
Llegase, señor.Enr.— Decid,  
¿Qué os conduce á mi presencia?Isab.—Permitid que de rodillas  
Os haga, señor, entrega  
De esta carta.

Enr.— Levantad.

Isab.—No, gran rey: también mi lengua,  
Por la verdad, animada,  
La verdad, no la elocuencia,  
Quiere, si acaso es posible,  
Dar á esa carta más fuerza.

Enr.—Levantad, os lo suplico.

Isab.—V. M. lo ordena.

Enr.—¿Qué carta es ésta?

Isab.— ¿Es posible

Que desconozcáis la letra,  
La letra que en otros días  
Hizo palpar con fuerza  
Vuestro corazón amante?  
Abrid la carta, y en ella  
Veréis el idioma santo  
Con que la verdad se expresa.  
Es de vuestra fiel esposa,  
De la triste Ana Bolena.

Enr.—¡Fiel!

Isab.— (Hincándose.)

Si, señor, yo lo juro  
Por ese Dios cuya diestra  
Al calumniador castiga;  
Lo juro por mi existencia,  
Por cuanto hay de más sagrado  
En el cielo y en la tierra.

Enr.—Levantaos.

Isab.—(Levantándose.)

Yo he vivido  
Ha mucho tiempo con ella:  
Sus costumbres, sus palabras,  
Sus acciones más secretas  
He presenciado, y repito  
Que es imposible hallar pruebas  
Del crimen que se le imputa:  
Que la atroz maledicencia,  
Y la envidia y la venganza  
Por todas partes la cercan.  
Y, sin embargo, á excepción  
De una que otra ligereza  
Excusable, que ni crimen  
Ni aun falta llamarse pueda,  
No hallarán en su conducta  
Sino verdad y pureza.  
Por desgracia en todas partes  
Se alza el odio contra ella,  
Porque en su nombre, señor,  
Se han cometido violencias.  
Cuando el huracán combate  
A esta flor cándida y bella,

Que ninguna voz se alza  
 Para tomar su defensa;  
 Cuando entre prisiones gime  
 Sin un amigo siquiera,  
 ¿No le tenderéis la mano?  
 ¿En su favor no resuena  
 Alguna voz en el fondo,  
 Señor, de vuestra conciencia?

Enr.—Basta, Lady Préstón, basta;  
 Nada ya que hacer me resta:  
 La cámara va á reunirse;  
 Ella dicte la sentencia.

Isab.—Pero, señor...

Enr.— Basta, digo,  
 Y á la triste Ana Bolena,  
 Esto mismo que os he dicho  
 Repetidle por respuesta.  
 Guárdeos Dios.

Isab.— ¡Desventurada!  
 Ningún recurso le resta:  
 Sólo Dios le hará justicia.  
 ¡Temblad, reyes de la tierra! (Váse.)

### ESCENA VII

#### ENRIQUE VIII.

¿Qué clase de sentimiento  
 Turba mi serenidad?  
 ¿Es el amor? ¿la piedad?  
 ¡Acaso el remordimiento!

¿Puedes juzgar con razón  
 Que Ana Bolena es perjura,  
 Enrique? ¿Quién lo asegura?  
 Registra tu corazón.  
 No; tu capricho es la ley,  
 Hablan sólo tus pasiones,  
 ¡Y hay un Dios que las acciones  
 Juzgará por fin del rey!  
 Quisiera salvarte, Ana;  
 Pero es á mí superior  
 Este frenético amor...

### ESCENA VIII

#### ENRIQUE VIII, JUANA SEYMQUR, CROMWELL.

Crom.—Aquí está la hermosa Juana.

Enr.— Llegad, bella Juana,  
 Dejad el temor:  
 Temeis mi presencia?...

Juana.—¡Oh! temerla, no;  
 Pero....

Enr.— ¿Tiemblas, Juana!  
 Qué amable candor;  
 Más hermosa eres  
 Que el brillante sol:  
 Siéntate y escucha  
 Tranquila mi voz.

Juana.—¿En vuestra presencia?

Enr.— Sí, lo mando yo.

Crom.—El rey os lo manda,  
Y es vuestro señor.

Juana.—Obedezco.

Enr.— ¡Oh, Juana!  
De mi corazón

Los ocultos senos

A mostrarte voy.

Joven, yo te amo;

Pero esta pasión

No es de afecto débil!

Centella veloz;

Es un incurable

Frenético ardor:

Te amo, como aman

Las flores al sol,

A la madre el hijo....

¡Mas qué digo? No,

Para lo que siento

No hay comparación.

¡Te amo, como ama

El ángel á Dios!

¡Ves de esa corona

El regio fulgor?

¡Ves ese respeto

Que una gran nación

Me tributa? ¡Oh, Juana

Por el esplendor

De tus ojos bellos

Los trocará yo!

Sí, por un cayado

De humilde pastor

Dejara mi cetro,

Si tu corazón

En cambio me daba

Dulcísimo amor!

Respóndeme, Juana,

Responde á mi voz.

Juana.—Señor, no merezco.

Enr.— No digas, señor,

Que tú eres mi reina,

Yo tu esclavo soy.

Ha llegado el día

Que el cielo marcó

Para que ocuparas

Un puesto mejor.

De simple vasalla

No es tu condición:

Sube al trono augusto

Que te brindo yo.

Juana.—(Levantándose.)

¡Un trono! ¡Qué escucho!

¡Un trono! ¡Gran Dios!

Siento arder mi frente.

Jamás la ambición,

Jamás, pobre Juana,

En tu pecho entró:

Y ahora... de improviso...

Tal declaración...

Me parece sueño;

No sé dónde estoy.

Crom.— (A la simplecilla)

Le falta valor;

Preciso es que acuda

En su auxilio yo.)



Señor, la sorpresa  
 Embarga su voz;  
 Mas tantas bondades  
 Pagará su amor.  
 Enr.— ¡Oh! mirala, Cromwell;  
 Con su agitación,  
 Sus vagas miradas,  
 Su hermoso color,  
 Parece á mis ojos  
 Celeste visión.  
 Fantástica forma  
 Que un mago invocó:  
 ¡Oh, sueño brillante  
 De dicha y amor!  
 ¿Juana, dime, amas?  
 Juana.— Pero, señor, ¡Gran Dios!  
 ; No sé lo que digo!  
 Crom.— ¿Lo escucháis, señor?  
 Os ama.  
 Enr.— Bien, basta:  
 En otra ocasión  
 Hablarán sus labios  
 Sin tanto rubor.

### ESCENA IX

Dichos, UN PAJE.

Paje.—(Anunciando.)  
 El conde de Northumberland.  
 Enr.—Que pase. (Vase el paje.)  
 Y tú, joven hermosa, te retira:

Nos veremos después; pero entretanto  
 Recibe de mi mano esta sortija.  
 (Se la pone.)

Juana.—Gracias, señor.  
 Enr.— ¡Oh Cromwell! más que  
 Siento arder en amor el alma mía!

### ESCENA X

ENRIQUE VIII, ENRIQUE PERCY.

(que entra al salir Juana y Cromwell.)

Enr.—Llegad, mi querido conde:  
 Tengo gran placer de veros,  
 Sabéis qué os aprecio.

Percy.— Yo  
 Tanta bondad agradezco;  
 Mas hoy, señor, á quejarme,  
 Y sólo á quejarme vengo.

Enr.—¿De quién, conde?

Percy.— De vos mismo.

Enr.—¿De mí mismo? no os entiendo.

Percy.—Bien sabéis, señor, que antes  
 De subir al trono excelso  
 Vuestra infelice consorte  
 (Que gime hoy en un encierro)  
 Fué mi esposa prometida.

Enr.—Bien lo sé, conde, y sobre eso  
 Quiero, como os dije ya,  
 Ciertas preguntas haceros.  
 Proseguid.

Percy.— Yo amé á esa joven:  
 La amé con tan grande afecto,  
 Que es difícil describirlo,  
 Más difícil comprenderlo;  
 Pues decir que la adoraba,  
 Que ella fué el primer objeto  
 Que encendió en el alma mía  
 De amor el sagrado fuego,  
 Que mi luz eran sus ojos,  
 Su sonrisa mi recreo,  
 Mi cielo su frente pura,  
 Y mi música su acento,  
 Son débiles expresiones  
 De lo que sintió mi pecho;  
 Que hay cosas que no se explican  
 En el humano dialecto.  
 Sólo en Ana estaba fijo  
 Sin cesar mi pensamiento,  
 Como en la estrella del Norte  
 Los ojos del marinero:  
 De día era mi esperanza,  
 Mi ocupación, mi embeleso,  
 Y de noche embellecía  
 Mis dulcísimos ensueños.

Enr.— ¡Mucho la amabais!

Percy.— ¡Oh! tanto,  
 Que no bastó á encarecerlo.  
 Mi alma entonces se gozaba  
 En un porvenir risueño,  
 Que se disipó cual humo  
 A los impulsos del viento:  
 Vos, señor, arrebatasteis

Todos mis goces á un tiempo;  
 Todo, pues en esa joven  
 Se cifraba mi universo.  
 Se ofuscó la desdichada  
 Con el esplendor del cetro,  
 Y por ocupar el solio,  
 Olvidó mi amor sincero:  
 Este amor era tan puro,  
 Tan fino, tan verdadero,  
 Que si perderle sentía,  
 Me consolaba á lo menos  
 La idea de que era un trono  
 De sus virtudes el premio.  
 Su dicha, señor, su dicha  
 Era mi mayor anhelo,  
 Aunque yo sufriera en cambio  
 Una vida de tormentos.  
 Subió Ana Bolena al trono  
 Entre públicos festejos;  
 Yo, triste y desesperado,  
 Partí para mi destierro.  
 ¿Qué me importaba la corte,  
 Músicas, bailes y juegos,  
 Si el alma del alma mía  
 Me arrebataron los cielos?  
 Así he vivido, señor,  
 Rogando siempre al Eterno  
 Que sobre Ana derramase  
 La dulce paz y el contento.  
 ¿Y pensáis que el que la ha amado  
 ¡Oh gran rey! con tal extremo,  
 Pueda tornarse en verdugo?

(Saca un papel.)

Al ver este nombramiento  
Que de recibir acabo  
Para ser juez... ¡vive el cielo,  
Señor, que toda mi sangre  
Sentí en mis venas ardiendo!  
¿Pensáis...? Pero no sois vos,  
Es el ministro perverso  
Que ha dirigido esta trama;  
El solo quien ha supuesto  
Que Enrique Percy podría  
Abrigar un sentimiento  
Innoble, y que se prestase  
A sus infames deseos.

Enr.— ¡Conde!

Percy.— Si, señor; suponen  
Que aquel pasado desprecio  
De mi amor, á la venganza  
Conduzca mi airado pecho.  
Por Dios que no me conoce  
Quien tal infamia ha supuesto.  
Regístrense los anales  
De mi familia, y en ellos  
Se verán, señor, virtudes,  
Heroicidad, altos hechos,  
Y en muchas generaciones  
No se encontrará un ejemplo  
De baja, ni una mancha  
Que empañe su brillo terso.  
De Northumberland los condes,  
Nobles siempre y grandes fueron;  
Y yo que heredé su nombre,  
También sus glorias heredo.

Aquí está, señor, mi espada  
Pronta para defenderos;  
Si es necesaria mi sangre,  
También, señor, os la ofrezco;  
Pero mostradme enemigos  
Dignos de mi noble esfuerzo,  
Empresas grandes mandadme,  
Que esta mano y este acero  
Ni subscriben una infamia,  
Ni hieren al indefenso.  
Nombrad para juez á otro;  
Pares hay en vuestro reino,  
Que con pureza y justicia  
Desempeñen este empleo,  
Sin tener para rehusarlo  
Los motivos que yo tengo.  
Pero querer que el amante  
Se convierta en juez severo,  
Y que en su alma resuciten  
Antiguos resentimientos,  
Es pretender que mi nombre  
Se cubra de oprobio eterno.  
Dispensadme.

Enr.— Os he nombrado  
Porque sois, conde, muy recto  
Y el triunfo de la justicia.  
Es lo único que deseo.  
Pero dejando esto á lado,  
Decid, conde, en aquel tiempo  
Que amasteis á esa infelice,  
Hubo acaso de por medio  
Esponsales?

Fercy. No, señor;  
 Fué un solo sencillo afecto;  
 Ni otro lazo nos unía,  
 Que un amor puro y sincero.  
 Enr.—Aceptad, pues, os repito,  
 Aceptad el nombramiento,  
 Sed superior á las voces  
 Del amor; así lo espero.  
 Este es un servicio, conde,  
 Que le haréis á todo el reino.

(Vase.)

ESCENA XI

Fercy.

¡Qué calma! ¡Qué sangre fría!  
 ¡Y pudo el rey un momento  
 Imaginar que su intento  
 Apoyase la voz mía?  
 El nombramiento de juez  
 Acepto, ¡oh desventurada!  
 La verdad será escuchada,  
 Y te salvaré tal vez.  
 Sí: será tu defensor  
 El mismo á quien despreciaste;  
 Hoy que del trono bajaste,  
 Hoy te sostendrá mi amor.  
 ¡Ah! si te puedo salvar,  
 Si hago respetar la ley,  
 Aprenda de mí ese rey

Cómo se debe portar.  
 No me importa su furor;  
 Adule otro con bajeza;  
 Yo perderé mi cabeza,  
 Pero salvaré mi honor.

